

PÁGINAS INOLVIDABLES II

CANÁ DE GALILEA

*P. Christian Ferraro I.V.E
Segni (Italia)*

«... se celebraba una boda en Caná de Galilea,
y estaba allí la madre de Jesús» (Jn 2,1).

Temblaba...

Temblaba como una hoja que resiste a la tenaz voluntad del viento de arrancarla del árbol fecundo... Como una buena madre que teme una triste noticia de un momento a otro... Temblaba como... como Ella.

Ella. Maryam de Nazareth.

Tenía los labios manchados con la sangre del buen Jesús. Acababa de besarle los pies.

Y temblaba.

Y cómo.

Lo vio moverse, contorneándose en un mar de dolores, como buscándola con los ojos... Vio que se esforzaba al máximo para hablarle.

Temblaba. Justo como Él.

Y se sintió decir: –«Mujer...». Y una espada en el corazón.

–«Mujer»...

Lo miró fijo (el corazón partido). Lo miró fijo, como pudo, atravesando el velo de sus propias lágrimas. Y «no supo más»...

Enseguida le vinieron en mente las tinajas de los judíos, el recuerdo de aquel día espléndido. No tenían vino. Ella se había dado cuenta. Y se lo dijo, al oído, bien bajito: «*Jesús, no tienen más vino*».

Después, la respuesta, sorprendente y enigmática: «*Mujer... y a nosotros ¿qué?... ¿nosotros qué tenemos que ver? Todavía no llegó mi hora*»...

Seguía temblando. Los recuerdos se entrelazaban con las vivencias, el pasado con el presente, el amor con el dolor.

Y sintió que le decía, bajito: –«Mujer»... Pero ahora entendía.

Y temblaba.

¿Qué hay entre nosotros?... Simplemente todo. Todo. Todo, Jesús. Todo hasta lo impensable, hasta el máximo humana y divinamente posible: no se podría pensar más allá, más allá no se podría ir. Máxima comunión. Unión de natura y de vida, de alimento y amparo, de maternidad y filiación, unión de espíritu y de místicos esponsales... de sangre y de calvario, de amor y de cruz.

Unión de redención... Porque enseguida se sintió decir: «... He aquí a tu hijo».

Y otra espada.

¿Qué hay entre vos y yo?... Hay todo. Todo, hasta lo impensable. Hay la misma «hora», los mismos frutos... Comunión y vínculo de amor mayor entre Dios y humana persona, no se podría pensar, no podría realizarse...

Recordó cómo se entendieron al vuelo aquel día. Jesús la miraba con feliz complicidad: lo iba a hacer, ciertamente. «*Haced todo lo que Él os dirá*»...

Y ¿cómo no aconsejar, cómo no mandar así? Ella... Maryam de Nazareth. Ella, que lo conocía más que nadie. Ella, que sabía perfectamente lo que significaba tener confianza en Él...

Lo miró fijo... [Y Él también, la miraba como podía. Porque continuaba en el misterio esa feliz y santa «complicidad»].

Mujer... todavía no llegó mi hora... Estaban ahí las tinajas de los judíos: ésas que no tenían vino, llenas de agua muerta, ésas que usaban para su purificación.

Esas tinajas no purificaban nada. No podían purificar nada. Ni alegrar la fiesta.

Pero Ella, Maryam de Nazareth, Ella tenía todavía los labios manchados de sangre... Y se acordó del vino que probó con gusto en aquellas bodas que, en realidad –ahora lo acababa de entender todo a la vez–, no habrían terminado jamás... ¡Vino, vino, vino, y más vino, litros y litros de vino!

Sangre, sangre y más sangre... La hora había llegado.

Era el Esposo.

Y había guardado el buen vino para el final.

«...Hijo, he ahí a tu madre».